

Matilde, por toda contestación, se sonrió y dijo para variar la conversación:

— Bueno, y al fin van con nosotras las Orantes? me gustaría porque son tan alegres, y además, Chayito toca tan bien que no nos faltará música para bailar.

— Creo que sí; ayer estuve hablando con ellas en las tiendas y están *embulladas*; pero si no se van mañana se irán después; no podemos atrasar el viaje. . . . vamos á estar contentísimas! y ya que de divertirnos tratamos, es bueno que vayás poniendo esa cara más alegre. . . . te estoy encontrando de ciertos días acá algo melancólica. . . . no seas tonta, la vida hay que gozarla porque es corta, y la juventud se pasa sin darse una cuenta de nada, mañana te encuentras vieja sin saber á qué horas.

Matilde dejó ver una sonrisa casi triste, y contestó:

— Hay tantos sinsabores, que siente una por momentos como un gran desaliento. . . .

— Miren la romántica, de cuándo acá? interrumpió Valentina, repicando las campanillitas de su risa, siempre sonoras y burlonas; y en son de mimo agregó: — Qué es lo que te hace sufrir, *corronga*? dímelo, cuéntame tus penas, ya sabes que cuando éstas se comunican, se alivian . . . ofrezco guardarte el secreto. . . . seré una llave. . . .

Estas frases hicieron mal efecto en Matilde; qué pena se figura que sufro? pensaba: y sonriendo miró fijamente á su amiga quien sostuvo aquella



mirada en que se leía como un secreto y tímido reproche; al propio tiempo le contestó:

—Yo no tengo penas!... qué te figuras? . . . muchas veces está una molesta, se siente algo de malestar, de disgusto, sin que pueda adivinarse la causa. . . . . no te pasa eso con frecuencia? . . . . .

—A mí? no, hija, yo no estoy enamorada. . . contestó Valentina brevemente.

Las dos amigas se miraron.

—Enamorada! repitió con viveza Matilde en un tono de extraña negativa, como quien teme verse descubierta.

—Caramba, si una muchacha no está enamorada después de tres años de noviazgo, comprometida, y en vísperas de casarse, no sé quién pueda estarlo en el mundo. . . . .

—Bueno, arguyó Matilde ruborizándose; lo que quiero decir es que no es ése el motivo de ciertos sinsabores y disgustos que se sienten á veces, y cuyo origen una misma no se explica. . . . .

—Pues hija, el amor hace todo eso por más que lo niegues; es el gran efecto de muchas causas, concluyó Valentina orgullosa de tan socorrida frase.

Las dos amigas se despidieron después de haber charlado un largo rato, y quedaron en reunirse en casa de don Agapito, por la mañana, don Clemente, quien estaba loco de contento con sus quince días de permiso, y Matilde. Aquél, volvería á San José después de vencida su licencia, é iría los



sábados á ver á su hija, para regresar el lunes temprano, en primer tren.

Valentina contaba con retener á su amiga toda la temporada que pensaba alargar lo más posible, accediendo á los deseos de don Agapito quien no andaba muy bien de salud.

A eso de las siete, Diego, que después del desaire sufrido en casa de don Clemente sólo había vuelto allí pocas veces, conversó con Matilde un rato en la puerta.

Por no parecer exigente y meticoloso, la había animado á hacer el viaje, mostrándose lleno de confianza; pensaba que no serían tan impolíticos para tratar en presencia de ella de ciertos asuntos.— Cuando se despidió, le ofreció ir á verla alguna vez: lo haré á caballo, le dijo, para hacer el incógnito.

—Así *decís*, le contestó ella; pero ya verás como no lo *hacés*.

Veremos . . . . . te he de dar un susto cuando menos lo pienses.

Después recordó Diego ciertas cosas que creía haber olvidado . . . . . el famoso collar de Urdaneta . . . . . ciertas frases que un amigo le había dirigido, llenas de malicia, y sonriendo, en la cantina del teatro la noche del baile . . . . ‘Diego, que te *desbancan*’; . . . recordaba también que Beltrán tenía la puerta abierta en casa de don Agapito, donde era mimado y atendido, y se retiró meditabundo, casi triste á su cuarto de soltero.

Ahora sentía en lo íntimo de su ser que

Matilde se fuera; iba á estar una temporada sujeta á influencias extrañas, y él conocía bien, al menos así lo creía, el carácter de ella; no dudaba de su cariño, pero el corazón de una mujer es un misterio tan hondo!

Bah, se dijo; será una prueba á que va á sujetarse. . . . . veré si efectivamente me quiere.

Por ese orgullo del amante leal y honrado, no había mostrado ninguna suspicacia respecto del viaje de Matilde. . . . . pero aquella burbujita de fermento hacía su trabajo, ensanchaba su acción, y Diego trataba de engañarse á sí propio no queriendo sentir sus efectos.

No es mi prometida? se decía: á qué inventar quimeras para mortificarme?

---

Matilde no pudo conciliar el sueño esa noche, sino muy tarde; los últimos preparativos del viaje, y la visita de Beltrán que se prolongó hasta cerca de las once, fueron la causa de un desvelo pertinaz que la tuvo excitada, con los ojos abiertos en la obscuridad de su cuarto; por las rendijas de la ventana entraba la luz de la lámpara eléctrica de la esquina, y percibía claramente los objetos en aquella semioscuridad; veía el tocadorcito lleno de cachivaches, el ropero charolado, sus ropas amontonadas en una silla al lado de la cama. A veces tenía esa ilusión que nos hace oír ruidos formidables en medio del silencio más profundo, fenómeno muy frecuente cuando el pensamiento está como recogido en lo



íntimo del ser, y percibe el latir de las arterias y el golpeteo de las ideas en el cerebro. . . . . Matilde estaba cavilosa. Su amiga Valentina le ocultaba algo. . . . . había notado con esa doble vista de la mujer, ciertas intimidades entre ella y Beltrán, y. . . preciso es confesarlo, se sentía celosa. . . . . A veces, suponía en Valentina deslealtad, la creía traidora,—pero por qué? acaso ella, Matilde, tenía algún derecho adquirido sobre Beltrán? no estaba comprometida con Diego? qué le importaba su primo, por qué sufría? de dónde procedía aquel vago deseo de disputarle á Valentina el cariño de Beltrán, deseo que amenazaba tornarse en decidido empeño? Ah, sí lo haría, deseaba ardientemente vencer á su amiga, hacer que éste sólo la amase á ella.

En medio de tantas ideas locas que se retorcían en su cerebro como un manojo de sierpes, aparecía de pronto la figura tranquila de Diego, sonriente y confiado que le decía bromas con aquella ingenuidad del hombre á quien no le gusta aparentar más de lo que vale, y que tiene orgullo en mostrarse tal y como es.

Matilde se durmió después de un largo insomnio, cuando allá á lo lejos un pianillo callejero dejaba oír los desmayados acordes de unos aires de "La Mascota," y empezó á soñar. . . . .

Se casaba esa noche; el patio de su casa que había sido entablado y cubierto con una carpa de alegres colores, parecía un paraíso. . . . . se andaba sobre claveles blancos y sobre perlas; una gran or-

questa dejaba oír valeses que enloquecían; la casa estaba llena de gentes de lo más distinguido de San José, todos vestidos de gran etiqueta y resplandecientes de joyas; ella llevaba puesto un gran collar de diamantes que pesaba mucho, mucho, y que la obligaba á andar inclinada, era un suplicio; muchas veces rogó á Valentina y á otras amigas que le quitaran aquello que no la dejaba caminar, pero por más esfuerzos que hicieron no pudieron conseguirlo.

De pronto había oído las voces "ahí viene el novio, ahí viene Diego," y ella corrió enamorada á recibirle, sonriente y anhelosa; Diego entró resplandeciente de felicidad, y elegante como nunca; y ella no pudo menos que admirar su apostura y su traje. . . . . un frac de corte exótico, . . . eh, y— qué raro, pensaba; Diego que siempre ha llevado sólo bigote, viene ahora barbado: . . . . . una barba negra, como terciopelo, cortada en punta. . . . . y los ojos negros y muy brillantes, como las cejas. . . . . aquella frente y aquel cabello largo, aquel peinado artístico de un estudiado desarreglo. . . . . qué guapo estaba Diego! y ella, qué feliz! Le hizo una señal y se fueron á una gran sala donde había regalos en montones, que llegaban al techo, que hacían horizonte; de los lazos de cinta blanca pendían tarjetas que se movían con el viento que entraba por las ventanas del salón, como bandadas de mariposas blancas; ella leyó una. . . . . y otra, y cien y mil. . . . . cosa rara! todas tenían el mismo nombre escrito: "Beltrán Urdaneta." Ella se volvió á Diego y le dijo suplicante, casi llorosa: "quítame este collar que



me está sofocando..... pesa mucho, mucho, y ya ves, no puedo andar, tengo que ir agachada.... qué dirá la gente!

Diego le contestó—bah, es una lástima, no hagas caso, es una linda joya que te luce mucho.... para eso te la regalé aquella noche..... recuerdas? frente al espejo... qué besos más dulces.... todo el cielo en la boca..... en el alma que se incendia con luces como esas.....

Ella dió un grito y se quedó mirando á Diego fijamente, porque *aquel* Diego que le hablaba era Beltrán, y Beltrán era Diego .... cómo es esto? quién era por fin aquel hombre?..... pero sí, era Beltrán, ahora se fijaba bien, aquel modo de mirarla, aquellos ojos eran los de él, pero de un Beltrán hermoso, resplandeciente y tentador como el ángel del pecado. Sintió un miedo horrible y quiso huir, mas el collar le pesaba tanto, que cayó de bruces sobre un gran juego de cristalería de Bohemia que se hizo añicos, y cuyos pedazos se clavaron en sus manos en la cara, en todo el cuerpo, y la sangre empezó á salir, á correr, formó un arroyo que se precipitó en la sala de baile; la gente huyó desparorida de aquella horrible inundación dando gritos: pudo aún arrastrarse hasta allí, y qué capricho! las únicas personas que permanecían sentadas bajo un gran matón de pacayas del que pendían farolitos de colores, eran, Diego, pero el verdadero Diego su novio, que conversaba tranquilamente de un pleito que había ganado, con una muchacha morena de

ojos muy vivos y negros que le habían dicho que se llamaba Lucía Montes. Quiso hablarles, y no pudo articular palabra; dió un gran grito, un grito desesperado. . . . Diego no la miró siquiera, y siguió conversando.

Matilde despertó; el corazón se le quería salir del pecho, se sentía angustiada, sudorosa, lanzó un gran suspiro y se incorporó; sentía un miedo atroz; tomó un vaso de agua de la botellita que Peregrina dejaba en la mesa al lado de la cama, y se tranquilizó un poco, mirando la luz que reía en las rendijas de la ventana.

—Ay! qué pesadilla tan horrible, murmuró.

Se levantó á las siete pálida y ojerosa, y á las ocho estaba ya instalada con su padre y demás compañeros de viaje, en un carro del ferrocarril conversando animadamente con Valentina y el señor Mendoza, quienes le daban bromas porque Diego no había parecido por allí. Vaya un novio dormilón!

El tren partió, y un rato después los viajeros llegaban á "Monte Azul," hermosa finca de don Agapito Mendoza.

---





## XVIII

El señor *de* Ocón y Trillo, don Mario Astorga, ó sea Trillito, empezaba á fastidiarse de lo lindo; la vida en San José era tan triste! las diversiones habían quedado reducidas á los recreos y á las retretas en el Parque de Morazán, y allí no se olía otra cosa que café tostado y manteca rancia; las *bellas*, (y hasta las feas), habían partido al campo, y las que no pudieron salir de veraneo, se estaban en sus casas poco menos que encerradas devorando la pena de haberse quedado rezagadas. Habráse visto tontería igual? Pero Trillito se fastidiaba no tanto por eso, sino por otra causa, la gran causa que fastidia á todo bicho humano; la falta de *numerario*, y Trillito andaba mal, muy mal; empezaban á cerrársele los caminos con motivo de algunos vencimientos á que no pudo hacer frente, para excusar lo cual enseñaba cuentas que á él le debían y que no le pagaban, y cartas y ofrecimientos que le había hecho su papá de mandarle *monis* . . . . se reía de esos pi-

quillos; de un momento á otro recibiría lo menos mil pesos y los cancelaría; pero los mil consabidos no llegaban, y allá se estaban muertos de risa en las faltriqueras de ñor Gregorio. Con todo y su labia pasaba las del hilo azul, y llegó á verse en grandes aprietos; en uno de esos días desesperados concibió un gran proyecto; el de acreditarse él mismo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante su querido papá, gamonal de San Pablo del Güitite, y gestionar allí un empréstito con qué salir de la deuda interior, porque á Dios gracias no la tenía exterior.

Y como lo pensó, lo hizo; llegóse á la oficina telegráfica y endilgó el siguiente despacho:

“Queridísimo papá: ardo en deseos de verlos; mande Quinto con caballo estación: salgo mañana tren de las tres. Lo abraza Mario.”

Abrasado tenía al pobre viejo hacía tiempo!

Pagó el telegrama que le desbarató un *cuatro* que conservaba en el bolsillo, y salió meditabundo; eran las doce y media y aun no había almorzado.

—Maldición, exclamó; y ahora qué voy á almorzar? Con qué dolor recordó cierta hostería vecina del Mercado, donde le servían un copioso y succulento almuerzo por cincuenta centavos! Allí solía refocilarse cuando andaba escaso, si no había gente *decente* que le viera entrar, y escondido en un rincón sacaba la tripa de mal año; aparentaba siempre cierto aspecto de decencia; era la fatuidad que no le abandonaba ni en la miseria.



Empezó á andar á la ventura, y sin darse cuenta llegó á una de las puertas del Mercado que presentaba un aspecto de animación con aquel sor-do hervir de una gran colmena. Era viernes, y por todos lados entraban campesinos con enormes sacos á la espalda, con cestos llenos de sapollos, de coles, de chayotes, de frutas, de esos mil artículos con que se surte aquel establecimiento para hacer frente á las necesidades de la capital,

Hacia el lado Sur, en la Avenida Central, había una porción de carretas enfiladas de las cuales sacaban la panela envuelta en hojas de caña; cerca de una de aquellas carretas había una chiquilla bonita, paliducha, cubierta con un pañoloncillo de lana á cuadros, y con un sombrero de pita sucio, que miraba á los transeuntes con ojos atontados, y cuidaba de los bueyes con el chuzo en la mano.

Trillito pasó cerca de ella; por costumbre le hizo un guiño malicioso, y le dijo un chicoleo. La chiquilla le volvió la espalda, y le contestó como un mordisco.

—*Atrevió más tonto!*

El se rió, entró al Mercado y empezó á dar vueltas mirando por el suelo entre la basura; recordaba que muchos campesinos pierden allí con frecuencia sumas de dinero, y quién sabe! podía hallar algo. . . . hasta siguió á uno que habiendo comprado una barra de jabón en una pulpería, envolvía en la punta de un pañuelo sucio, unos billetes; el pañuelo le asomaba por la bolsa de la chaqueta, y era

fácil extraerlo con alguna habilidad. . . . pero bien pronto desistió por temor de que alguien lo viese.

Dió algunas vueltas más, se sentía ya cansado como un perro, y desfallecido; era tarde para ir de visita á alguna casa conocida á fin de hacerse invitar á almorzar, treta que ya otras veces había puesto en práctica con excelentes resultados, y además, casi todas las familias que él conocía y donde había logrado inspirar confianza con sus zalamerías y agasajos, estaban ausentes.

Se había parado mirando unos hermosos rábanos que debían estar ricos, con su picantillo excitante.

—Qué demonios, pensó: compraré un rollito y con un bollo de pan almorzaré; estaba por decidirse porque la cosa urgía, cuando vió pasar á su vera un individuo, un campesino que él conocía; era un acomodado vecino de San Pablo del Güitite, que iba descalzo, con su chaqueta al brazo, limpiándose la frente y la nuca con un gran pañuelo de color. Trillito le siguió. El campesino llegó á las ventas del dulce, y se paró á hablar con un comerciante de ese artículo que tenía por delante de sí sobre un cajón, una trinchera de *tapas* muy bien estivadas; se le acercó y como de paso le tocó en un hombro; volvióse el campesino, y al verle, se quitó el sombrero y le dijo alargando una mano pegajosa y sucia, que Trillito se apresuró á estrechar no sin gran repugnancia.

—Eh don Mario y *co* le va?

—Bien, amigo, y usted qué anda haciendo?



siempre en negocios, contestó Trillito palmoteándole el hombro.

—*Adió* don Mario, no crea . . . es que le *dicía* yo al amigo que estaba *enquivocao* en una cuentecita de *duce* que le *vendió* . . . á ver; sáque-me *usté* la cuenta don Mario, y verá *qués* como yo digo . . . vea; son quinientos *ataos*; *pa* que me los mercara en *punta* se los dí, *mitá* quince y *mitá* veinte . . . cuánto es? yo saco . . .

—Es muy fácil, aguárdese un momento; en un periquete Trillito se armó de su lápiz, y arrancando una hojilla de la cartera, se puso á multiplicar.

—Los doscientos cincuenta atados de á quince valen . . . treinta y siete pesos y medio, y los doscientos cincuenta de á veinte, valen . . . cincuenta pesos redondos; es decir, que toda la partida suma ochenta y siete pesos y medio.

—Ya ve, dijo el campesino dirigiéndose al comerciante, *qués* como le *dicía*? yo saco mis cuentas y no hay caso; no me *enquivoco* así tan *enainas*.

—Y el señor cuánto decía que era? preguntó Trillito deseando terminar el asunto.

—Pues yo . . . dijo el comerciante que no debía ser lerdo; yo creía que . . .

—El *dicía* *queran* setentisiete pesos con seis *viales*, interrumpió el campesino.

—Faltan nueve pesos con seis reales, sentenció Trillito dirigiéndose al comerciante.

El muy ladino se rascó el cogote y pagó re-funfuñando.

—Gusta de tomar un trago? vamos si tiene gusto. . . . dijo el campesino á Trillito.

—Bueno, vamos.

Echaron á andar y Mario lo fué llevando con dirección á la hostería de que guardaba tan gratos recuerdos.

—Vamos aquí, le dijo, esta es una buena parte y hay cantina también.

Entraron, y el campesino pidió un *guaro* grande para él y un *coñá pa* don Mario.

Mientras servían, Trillito obtuvo noticias de su familia, estaba buena; ñor Gregorio era el *mesmo* de siempre, con una *salú* de garrobo; aunque el campesino vivía un poco lejos de la población él *vía* á ñor Gregorio todos los domingos en misa, y aun solían platicar alguna vez; era tan *noble*!

—Ahora que ya bebimos, vamos á almorzar, amigo, dijo Trillito; yo lo convidó.

—No, no, no se moleste tanto por *yo*, contestó el campesino resistido: allí en la carreta tengo un almuercillo que *la mujer* me puso y no hay *pa qué* vaya *usté á molestase*.

—Faltaba más, arguyó Trillito poniéndose serio; no señor, somos del mismo pueblo, y es justo ya que por casualidad le he encontrado, que almuerce conmigo.

—No, don Mario, mejor me voy, repetía el *concho* verdaderamente apurado y tratando de salir.

Trillito le sentó casi á la fuerza, y pidió otras dos copas que se embaularon bonitamente, y



mientras empezaban á servir el almuerzo, apareció sobre la mesa una botella de vino tinto, del cual el campesino se tragó un vaso, para *quitarse* el mal efecto que ya empezaba á sentir en la cabeza, á causa de dos *guaros dobles*.

Cuando el almuerzo concluyó, el *concho* estaba más *socado* que una tuerca herrumbrada. Trillito con sólo dos coñaquitos, y un vaso de vino, apenas se sentía *entonado*.

Al campesino le dió entonces por querer beber más, é insistía con don Mario en que tenía que beber cerveza. A cada momento sacaba de la chaqueta el pañuelo donde estaba anudado el producto de la panela vendida.

—Ajá, decía, con la cabeza caída sobre el pecho y todo desmadejado; aquél pensaba *engañame* pero se *fregó*. . . . á mí *naide mengaña*; y golpeaba la mesa con la mano en que tenía el dinero.

—A ver, dijo Trillito después de pasear una mirada recelosa á su alrededor; es bueno revisar la plata, porque aquí en San José hay mucho pillo, y es preciso andar listo,

—Bueno, gruñó el campesino, cuéntela *uste* y veré. . . . ya sabe que yo lo *apreseo* mucho á *usté* y á su tata; y tiró los billetes sobre la mesa.

—Trillito se puso muy serio á contar el dinero, y con un movimiento de prestidigitador hábil, dejó caer tres billetes de diez pesos sobre sus piernas.

—Está bien, dijo; ahora envuélvalo y amá-

rrelo no vaya á perderlo, así.....hizo veinte nudos al pañuelo y lo devolvió al concho.

Este se inclinó para tomar la chaqueta que había dejado á su lado en el suelo, y con esa pesadez del beodo se esforzaba en encontrar la bolsa para guardar el lío: después de buscar y rebuscar, pudo meterlo en un bolsillo, y cuando alzó la cabeza para decir algo á *don* Mario, ya éste había desaparecido.

Miró por todos lados con aire estúpido; se frotaba los ojos y trató de ponerse en pie, lo que consiguió con gran dificultad, y con paso vacilante se dirigió á la puerta de la calle.

—Eh amigo, le dijo alguien á tiempo que una mano le detuvo por un brazo. Hay que pagar para salir!

—Cómo pagar! yo no le debo á *usté niún* cinco.....

Y el almuerzo que se han comido, y el vino, y los tragos? preguntó el fondista que era hombre de malas pulgas,—quién los paga?

—Yo qué sé.....á mí *menvitaron* almorzar.....cóbrelle á don Mario *qués* rico.....su tata, *mano* Gregorio es lo que hay *honrao*.....

—Aquí no hay don Mario ni *mano* Gregorio que valgan! gritó el otro; ó paga usted ó va á la cárcel.

—Yo á la cárcel? no *sía* tonto, vea *usté* cómo habla y *dejemime*.

Se armó el consiguiente molote; un policía



intervino, y el pobre *concho* tuvo que aflojar la mosca echando diez ternos por cada centavo. Ya en la acera gritó en son de reto alzando los puños.

—A *yo naide* me avasalla por plata.....  
chancludos del ..... y salió haciendo unas eses que eran un prodigio de equilibrio.

Al atardecer del siguiente día, Trillito, caballero sobre un rocín de las cuadras de *ñor* Gregorio, empezó á ver las primeras casitas de San Pablo, su pueblo natal.

Joaquín su hermano, á quien llamaban Quinito, y que hacía de espolique, iba distraído mirando hacia adelante; de cuando en cuando se volvía para llamar la atención de Mario respecto de infinidad de detalles y de noticias que maldito lo que á éste interesaban.

—El sol les daba de frente y les envolvía en una nube dorada, que tal parecía la escasa polvareda que se levantaba en el camino reseco y mal empedrado.

El caballejo trotaba aperezado, como si participase de la laxitud que se había apoderado del jinete.

Trillito estaba sumido en una especie de estupor melancólico, y con los ojos entornados, apenas si se daba cuenta de ciertos parajes que iba reconociendo.

La tarde estaba hermosa; en los bardales del camino saltaban los *tijo-tijos* y de cuando en cuan-

do el grito destemplado de alguna *piapia* le sacaba de sus meditaciones.

De pronto Quinito se volvió, y extendiendo un brazo, llamó la atención de su hermano.

—Mire *liglesia*, le dijo.

Mario alzó la vista; allá, á lo lejos, al frente, un poco hacia la derecha, y sobre el fondo verde oscuro del paisaje, vió blanquear el campanario de la iglesia.

Sintió caer sobre su corazón una especie de frescura, de piedad, al pensar en sus padres y en las iniquidades con ellos cometidas; al contemplar aquellos lugares de los dulcísimos recuerdos de su infancia; de cuando andaba descalzo sobre aquel camino, de los nidos que perseguía á la salida de la escuela con sus camaradas, de las escapatorias al remanso del río donde se bañaba y pescaba *barbudos*, de los exámenes públicos, á los cuales asistía el cura, risueño y campechano, y el Jefe Político muy estirado y serio en compañía de otros señores que llegaban al barrio metiendo más bulla que embajadores; de las semanas santas que allí había pasado, del pantaloncito nuevo de dril que había estrenado el Domingo de Ramos, hecho por un sastre chapucero pero que á él se le antojaba un Valenzuela ó un Chente Montero; del sabroso biscocho que su buena madrecita horneaba todos los sábados. . . hasta de unos mojicones cambiados con un chiquillo que era el Cid Campeador de la escuela. . . y era allí, sí, Mario recordaba el paraje; bajo aquel frondoso higuérón se había



verificado el famoso encuentro en que sus narices soportaron el furioso cañoneo de su contrario... y aquel higuerón, testigo de su derrota, permanecía allí, como el enorme león de Waterloo señala el lugar de la caída del capitán más grande del siglo pasado. Todo el panorama de su vida discurrió en un minuto por la mente de Trillito; todo lo recordó con una riqueza de detalles y de colorido, que le hicieron asomar las lágrimas á los ojos. Paró un momento la cabalgadura, y se quedó contemplando aquel árbol que tantos recuerdos le traía, frescos y brillantes cual si hubiesen sido conservados en el verdor de sus hojas.

—Qué está viendo, preguntó Quinito: algún *mosotillo*?

—No..... me estaba acordando de las tonterías de uno cuando está chiquillo.

Quinito se rió, y Mario un poco más animado espoléó el caballo; las casas iban apareciendo con más frecuencia; recordó en seguida la romanza de una vieja zarzuela, y cantó á media voz.

“Sitios de mi alegría  
Lugares de mi niñez  
Dichosos los ojos  
Que os vuelven á ver.”

—Qué bonita esa cantada, dijo Quinito admirado de que su hermano cantara; *onde* la oyó?

—Es de una zarzuela, contestó Mario sin recordar qué su hermanito ignoraba lo que eso era.

—De una qué?....

—De unas *cosas* que representan en el teatro, repuso Mario para salir del paso.

—Ah, sí, á *modò* de títeres?

—Sí, pero en vez de salir muñecos, salen personas que hablan y cantán al compás de la música.

—Ah, como en las *pantominas* de las *maromas*! que lindo!.....yo por eso quiero apurarme mucho en *lescuela*, para ir á San José y estudiar.....así como *usté*.....Mario sintió una gran vergüenza al recordar tantos años consumidos en la crápula y en el vicio, á que le habían arrastrado unos cuantos bribones que le ayudaron á despilfarrar el dinero, aquel dinero ganado por su padre en el trabajo y el ahorro.

Miró á Quinito con cariño; aquel chiquillo, á los doce años, hecho un hombrecito en las faenas del campo, comprendía la necesidad del estudio; en sus ojitos vivos y en su carita risueña, se reflejaban la viveza y la precocidad.....¿qué sería de su hermano? probablemente un agricultor que no saldría nunca de allí.....ah, cuánto le envidiaba!

—Y estás muy adelantado en la escuela? le preguntó después de una pausa.

—Sí señor! respondió el chiquillo poniéndose colorado. El maestro dice que en *arismética*, en gramática, y en escritura, soy el primero....siempre me hace una *seña* en las clases para que yo corrija á los muchachos cuando dicen *mestro*, *muncho*, *Rafel*, *Grabiél*, *mesmo* y así....



—Qué bueno! me alegro mucho de que seas aplicado. . . . así cuando papá nos falte,—ya está viejo,—seguirás manejando las fincas y serás un hombre rico, porque aprenderás muchas cosas que te servirán. . . . es la mejor vida, Quinito; labrar la tierra, vivir del trabajo honrado que da salud y bienestar, tranquilamente, sin apuros ni congojas. . . . créelo, Quinito; es mejor ser un buen agricultor, un hombre práctico. . . . mira, aquí en las alforjas te traigo un regalito que te gustará mucho; lo compré esta mañana, . . . es un libro que habla de todo eso, ya verás qué bonito. . . . y dime, papá está contento porque yo vengo á verlos?

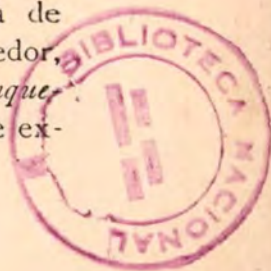
—Mamá está muy contenta. . . . hasta que llora. . . . hace tanto tiempo que usted no viene. . . . ya yo ni me acordaba cómo *era usted*. . . .

—Es verdad! exclamó Mario con amarga expresión; y papá no está contento. . . .?

Pues sí, si está contento, respondió Quinito ruborizándose; y espoleó el caballo.

Pasaron por la población en la cual Mario notó algunas nuevas construcciones; la placita cubierta de césped, sombreada por algunos mangos é higuerones corpulentos, y la casa de escuela refeccionada y pintada para honor de la Junta de Educación.

Pronto llegaron: Mario vió su casa, una de esas casas de campo, grandes, con ancho corredor, frente á un patio al que se entraba por una *tranquera* cuyas varas estaban descorridas. Detrás se ex-



tendía un potrero donde se veían pacer algunas reses.

Los padres de Mario, de pie, en el corredor, tenían fijos los ojos en él con expresión indescriptible y profundamente conmovidos; cuando aquél saltó del caballo, cuatro brazos amorosos le estrecharon, como cuatro alas, cual si quisieran purificar con su santo calor, y bajo aquella blancura celestial, la infamia y la ruindad de aquel hijo que les tenía casi olvidados, que les había despreciado, y al cual tanto querían.

—“¡Hijo de mi alma!” y no se oyó más que el rumor de los sollozos, bajo la tranquila serenidad de aquella tarde que se desvanecía.

Quinito, mudo testigo de aquella escena, fue-se detrás de la casa dando hipidos, y allí estuvo hasta que su hermanita vino á llamarle para comer.







## XIX

La comida fué apacible; Mario y Quinito comieron con gana; el viaje les abrió el apetito. *Ñor* Gregorio y *ña* Tomasa no se hartaban de ver á su hijo, en el cual admiraban un aire de *gran señor*; sólo que les parecía un poco delgado y enflaquecido.

El viejo había estado cariñoso con Mario, y pasados los primeros momentos de expansión se había encerrado en cierta prudente reserva. Este notó que no le preguntaba qué hacía en San José, si estudiaba, si trabajaba, ni cómo se las componía para vivir con lo muy poco que le remitía de cuando en cuando, pues *ñor* Gregorio casi le había cerrado su bolsa, desde que tuvo informes fehacientes de que su hijo no era más que un tronera y botarate.

Mario concluyó de comer, y cuando ya estaba que no cabía en los pantalones, *ña* Tomasa que conversaba con él, y que no se hartaba de mirarle, se levantó y trajo de un estante un gran vaso de *postre*.

— *Tomá* hijito, le dijo: desde esta mañana la

tengo *asentando pa vos*; y como Mario se excusara pretextando que ya no podía más, ella insistió riendo con aquella su risa franca y jovial que le movía el estómago como una convulsión.—

—*Adió hijito, bebete ese poquillo . . . . mirá que estás muy flaco. . . . cuánto tiempo hará que no bebés postrera . . . . .*

Mario no pudo resistir más, y bebió.

Salieron después al corredor de la parte trasera de la casa, que daba al gran potrero que tendía su inmensa alfombra de grama, con un ligero declive que subía hacia el fondo, hasta el pie de una colina cubierta de espesos jarales, donde Mario en su infancia perseguía conejos y codornices; cerca del corredor estaba el gallinero, hecho de cañas *bravas*, con la parte inferior de los horcones protegida con pedazos de lata; algunas gallinas *trasnochadoras* subían á sus aposentos por una vara inclinada, en la cual había pedacitos de madera clavados trasversalmente: una curiosidad que había llenado de orgullo á su autor, el gran Quinito.

Un riachuelo arrastraba sus linfas allí cerca, y hacía gorgoritos entre los guijarros.

Mario sintió que el alma se le ensanchaba al aspirar aquel aire puro, al bañarse en aquella gran calma de la tarde que moría llena de infinita dulzura. Reconoció todos los lugares; el arroyo donde se bañaban los patos, el *pilón* de madera donde él había visto tantas veces á su padre descascarando café, con la pesada maza lustrosa por el uso, los yugos colgan-



do de barzones de cuero, varios arados arrimados á la pared, coyundas, rollos de *mecate*, palas, todo ocupaba los mismos lugares que cuando estuvo la última vez.

Se sentaron en una banca; Mario colocó sobre sus rodillas á su hermanita Angelina, menor que Quinito dos años, y la acarició con verdadero cariño.

La chiquilla estaba algo cohibida; se le hacía difícil creer que *aquel señor* fuera su hermano.

La conversación había sido superficial y varia; de las cosechas de café, de la caña, del maíz y de los fréjoles; de los nuevos desmontes hechos, del ganado, de algunas compras de terreno recién efectuadas, etc.

De pronto *ñor* Gregorio cambiando de tono, y mirando fijamente á Mario, le dijo:

—Hace rato, desde que llegaste, *h'estao* por hacerte una pregunta:—*Onde* estabas cuando las fiestas de San José? no supistes que fuimos yo y tu mama? . . . . por cierto que nos pasó un chasco! . . . . yo creo que *vos* no lo supistes porque nos hubieras *buscao*, porque *sabés ondés* que nos *apiamos* . . . . . allá, por la calle *la pólvora*, onde el compadre Manuel.

Mario temió que su padre, á pesar de la semioscuridad que les envolvía, notara que se ponía rojo hasta el pelo; pero con gran aplomo, y fingiendo un gran interés, contestó.

—Ah, sí, lo supe, y fuí á buscarles pero con



tan mala suerte . . . . . y por qué no me avisaron ese viaje? crea que me dió un resentimiento . . . . .

—Tu mama no quiso, decía *quera pa cojete descuidao* y que así lucía más la *cosa* . . . . . hace tanto tiempo que no *venís* . . . y cómo lo *supístes*?

—Ahora verá, contestó Mario procurando recordar el cuento que ya había estudiado para el caso, á fin de presentar una excusa de su infame comportamiento.—Ese día había sido invitado por una familia para ir á ver los toros en un tablado, de donde nos vinimos algo tarde, pues una señorita de la familia tuvo una descomposición, probablemente á causa del corsé que llevaba muy apretado; hubimos de tomar un coche para llevar la niña á su casa; por la noche, en la retreta, alguien que le conoce á usted, no recuerdo quien fué,—hay tanta gente que le habla á uno en esos lugares,—me dijo: “Mario, yo creo que su papá anda por aquí en San José con su mamá; por qué? le pregunté: “porque he visto á un señor que se le parece mucho,” y me dió todas las señas de usted. Inmediatamente corrí donde don Manuel á buscarles, pero, encontré cerrado, además, yo no recordaba bien cuál era la casa, y temí llamar á otra puerta. Me acosté tarde esa noche, y al siguiente día, en cuanto me levanté, volví; el corazón me decía que ustedes estaban allí, que les iba á ver, pero ya se habían ido para Cartago . . . qué fueron á hacer?

—Una promesa hijito, que habíamos ofrecido á la virgen de los Angeles, contestó *ña* Tomasa suspirando.



Mario se sonrió, y haciéndose de las nuevas preguntó:

—Y cuál fué el chasco que les pasó, que me decía papá hace un momento?

—Ay, hijito, ni me lo *acordés*, exclamó ña Tomasa moviendo la cabeza pesarosa; Jesús! qué *temeridá*. Entonces ñor Gregorio contó á Mario el suceso de la caída de su pobre mujer en el caño de la calle de la estación, el primer día de las fiestas.

—Caramba pero qué barbaridad! y cómo fué eso? qué atrocidad! cuánto siento no haber podido encontrarlos, no haber estado con ustedes en ese momento, exclamó Mario con un tono tal de pesadumbre, que conmovió á su madre.

—Ah, hijito, y nosotros! ya *podés* figurate la vengüenza que pasé; si vieras lo que me dolía venime de la *siudadá*, sabiendo que estabas allí y no poder verte . . . . . yo le *dicia* á Goyo, *busqué molo*, á cualquiera que le preguntemos nos dará razón; pero él no quería y me dijo: “qué vamos á buscar á Mario en medio de tanta parranda y bulla, cuando ni siquiera nos ha dicho *ondés* que vive? *vamonós* mejor; si él quiere vernos que vaya á San Pablo.”

—Como ya *vos* ni te acordabas que tenías *tatas* . . . . . exclamó ñor Gregorio con voz un tanto balbuciente.

—Tiene usted razón, papá, dijo Mario avergonzado. No sé qué es lo que le pasa á uno . . . . . Los amigos, las relaciones, los entretenimientos, todo contribuye á que se olviden á veces ciertas obligaciones . . . . .

—Un hijo no debe descuidar nunca ciertos deberes, interrumpió *ñor* Gregorio, quien aun no se había atrevido á hacer á Mario reproche alguno.

Este bajó avergonzado la cabeza; comprendió lo malvado que era, se vió tan bajo, tan ruín ante la santidad de aquel cariño de que era objeto por parte de sus buenos padres, que tuvo un momento en que creyó que iba á rodillarse ante ellos, á pedirles perdón, á confesar sus faltas, y á lavar con sus caricias las afrentas que les había inferido. Trató de parecerles cariñoso, de deshacer la mala impresión que su comportamiento había causado en sus padres, confesando algunas de sus flaquezas menos gordas.

Su buena madre le oía embelesada; juzgaba á su hijo un muchacho de excelente corazón á pesar de todo, y experimentaba hacia él un sentimiento de admiración, casi de respeto; y es que la buena señora no veía otra cosa que el exterior de Mario, y pensaba con su pobre criterio de campesina, que ella no merecía aquellas razones de su hijo, humildes y tan bien dichas.

*Ñor* Gregorio continuaba encerrado en su reserva, y había dejado hablar á Mario sin decirle siquiera una de esas frases que la benevolencia lleva á veces á los labios más severos. Poniéndose en pie, ayudado de su grueso bastón, y después de una larga pausa, dijo mirando las estrellas que resplandecían en el fondo del cielo.

—Ya deben ser las nueve, vamos á dormir.



Se dirigieron al cuarto destinado á Mario, al lado de la gran sala, decorada con infinidad de cromos y estampas pegados á los tabiques con engrudo.

Mario halló su cama bien acondicionada, tendida con una colcha blanquísima; la almohada era alta y gorda con gran funda llena de bordados; al lado, una mesilla y un taburete de cuero, y á los pies de la cama un gran baúl de cedro al frente de cuya tapa brillaba una perillita de cristal verde; en los tabiques infinidad de estampas místicas desteñidas, y un retrato en marco dorado, del señor Obispo Thiel.

Aquel ajuar modesto, pero muy limpio, le recordó el último viaje que habia hecho á su casa, y muchos episodios de la infancia.

Dió las buenas noches á sus padres, y atrancó la puerta.

Cuando se vió solo, mil ideas asaltaron su mente, no tenía sueño..... Se hallaba frente á una perspectiva nada halagadora.

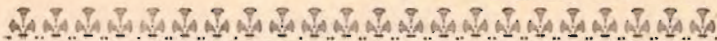
Abrió una ventanilla que daba al corral donde se ordeñaban las vacas, y contempló el panorama que se extendía ante su vista: cerca, en el potrero, algunos árboles altísimos parecían dormir bajo aquel gran silencio; allá á lo lejos el perfil de la montaña se recortaba confusamente sobre el cielo que empezaba á iluminarse con las primeras sonrisas de la luna; de cuando en cuando llegaban á sus oídos los bramidos de las vacas, y los balidos de los terneros encerrados en el aprisco.

Los *cuyeos* con su grito continuo, y su vuelo oblicuo, á flor de tierra, divirtieron á Mario un rato. Después quedó sumido en profundas meditaciones.

Ya tarde, cuando se metió en la cama, no pudo menos que hacer un gesto de disgusto, al notar la diferencia que había entre su mullido colchón, y aquel esterón de paja.

--Mañana hablaré á papá, se dijo: esto no puede continuar así. . . . . necesito saber á qué atenerme. . . . . trabajaré, cambiaré de vida, pero es preciso que se me ayude. . . . . estoy atascado hasta *el gollete*. Encendió un cigarrillo, y mientras fumaba, hacía mil planes; pero á lo mejor, cuando acariciaba los más sanos propósitos de enmienda, y trazaba la ruta que pensaba seguir para su mejoramiento moral, para su rehabilitación, se quedó profundamente dormido. Así le ocurría siempre.





## XX

Y no abrió los ojos hasta las seis de la mañana cuando el sol hería con sus flechas de oro las altas copas de los árboles, que parecían despertar de su profundo sueño, y desperezarse al sentir entre sus frondas, las caricias y las cúpulas de los pájaros que tenían allí sus alcobitas calientes y perfumadas.

Mario acababa de abrir el ventanucho corredizo que daba al corral; su padre se ocupaba en ordenar una hermosa vaca, faena en que le ayudaban un mozo y Quinito, cuando *ña* Tomasa entró al cuarto con un gran pocillo lleno hasta los bordes de espumante leche, cuyas burbujitas se iban deshaciendo.

—Qué tal noche pasaste, hijito? le preguntó *lle* na de solicitud.

—Muy buena, mamá, he dormido como un bendito toda la noche. . . .y usted?

—Yo estuve algo *recordada*, me costó algo *llo dormime*, y hasta Goyo estuvo *recordao*. . . . .

Mario bebía á sorbitos, mientras su madre se había sentado al borde de la cama, feliz y complacida de ver allí á su hijo bajo su techo, apurar aquella leche con tanta sabrosura.

— *Mirá* prosiguió *ña* Tomasa en tono confidencial y haciendo que Mario se sentara á su lado. — No le *hagás* caso á tu tata, ya *sabés* que está viejo, y que todo le disgusta. . . . . se ha vuelto tan . . . . . pues nunca ha *sio* *agarradillo*, pero ya últimamente estaba muy bravo con *vos*; decía que no te gustaba trabajar, que no hacías más *quespifarrar* la plata, que ya te había *dao* no sé cuanto, y que si así seguías nos ibas á dejar en la calle. . . . . *jué* después de que tuvo que pagar aquel *documento* en que *lo pusistes* de fiador. . . . . pero ve, *portate* bien, seguí estudiando, yo tal vez puedo *mandate* algo de cuando en vez *unque* sea escondidas . . . . .

— De modo, interrumpió Mario, que V. cree que es perdido hablarle á papá? . . . . . necesito una sumilla para pagar unos picos atrasados, y tenía esperanza de que papá me la diera. . . . . ó me la prestara. . . . . ya será poco lo que le pediré, pues pienso en un negocio que me dará lo suficiente para vivir y hasta para llevarme á Quinito á estudiar.

— Ay hijito! repuso *ña* Tomasa moviendo lentamente la cabeza de izquierda á derecha; quien sabe. . . . . está tan *disgustao*. . . . . es que parece que ha *recibió* cartas de la *suidá* en que le contaban todo lo que *vos* hacías, que jugabas, que te habían visto *almadiao* y. . . . . qué sé yo qué más. . . . .!



Mario se sobresaltó, sintió cólicos. y con mucha serenidad replicó.

—Esos son chismes y calumnias de algún envidioso . . . . . como yo estoy bien relacionado en San José, asisto á reuniones de la primera sociedad, y me trato con las personas que más valen, se ha propuesto algún pillo á desacreditarme. . . . . yo le probaré á papá que todo eso es falso.

—Así *mesmo* se lo decía yo á Goyo; ves qué gente más falta de *caridad*? Y la buena señora se quedó lela mirando á su hijo, de quien tenía la más alta idea.

Hablaron un rato más; el eco llevó hasta allí un alegre repique de campanas.

—Hijo de Dios! exclamó *ña* Tomasa poniéndose de pié; ya dan *primero pa* misa y yo aquí tan sentada . . . . . orita vuelvo; y salió disparada hacia la cocina moviendo sus anchas caderas con andar diligente.

Serían cerca de las nueve cuando *ñor* Gregorio y familia se pusieron en marcha hacia la iglesia para asistir á la misa; todos iban endomingados, con sus mejores trapitos. La casa quedó al cuidado de una vieja sorda que allí vivía hacía algún tiempo, y que hacía entre todos los oficios imaginables, el de cocinera.

Mario no pudo excusarse de asistir á la iglesia. Su madre iba que no cabía de gusto á su lado, orgullosa y ufana de presentarse con su hijo, de que la vieran con aquel joven tan simpático que tenía todo el porte de un señor de la *suidá*.

El trecho que tenían que caminar era largo, pero Mario no se aburríó; hablaba con su madre de todos esos detalles que forman las crónicas de esos lugarejos: fué impuesto de que Fulano se había casado y de que tenía dos hijos; Zutano se había muerto; la hija de Mengano había salido con una *pata de banco*, y criaba un muchachito que decían que era del. . . . . pero no, es malo murmurar; Perencejo se había sacado un premio gordo de la lotería el año pasado, y alquilaba plata á peso *l'onza por semana*, pero también se le habían muerto la mujer y siete vacas, y además le habían desrabado tres caballos que eran las niñas de sus ojos; y por último, Menganejo estaba en San Lucas descontando una pena por unos filazos que le había dado á un individuo cierto domingo á la salida de misa, á causa de una *soca* que se puso.

Cuando entraron á la iglesia, la misa empezaba; la nave del medio estaba llena de mujeres que lucían pañolones de todos los colores imaginables, y á los lados, los campesinos, casi todos descalzos, los más en camisa, con gruesas fajas de seda á la cintura, y sendos y vistosos pañuelos al cuello.

A la mitad de la misa el cura se despojó de la casulla blanca y oro, encasquetóse el bonete, y se dirigió al púlpito con las manos juntas sobre el pecho y en actitud compungida.

Ya arriba se descubrió, sacó un gran pañuelo, limpióse el sudor, y después de soltar media docena de latinajos, enjaretó con voz campanuda y tea-



tral una de esas pláticas sosas y ramplonas, comidilla que ciertos curas de *misa y olla* sirven general é invariablemente, á sus *amados* feligreses, pláticas en que la sindéresis, la lógica y hasta el sentido común andan á la greña allá por los cerros de Dota (que no siempre han de ser los de Ubeda), gritadas á borbotones, como una verdadera descarga de palabras que ni enseñan ni moralizan, y que se pierden en los ámbitos de la iglesia como golpes de bombo.

Allí se le habla al pueblo del santo tal ó cual, de los milagros que hizo, del desprendimiento de los bienes terrenales, de las cosechas, de los *humbles* siervos de Dios que deben *vivir del altar*, y por último del turno que ha de celebrarse tal día para allegar recursos con qué comprar una imagen del Santo Patrono dispensador de tantas gracias, una campana más grande, "la lengua de la casa á Dios," para que se oiga en todo el pueblo, y algunos vasos sagrados, etc., etc.

Y los turnos se suceden, y el dinero se emplea en llenar esas necesidades de la iglesia, entretanto que la casa de escuela carece de asientos, de libros, de todo lo más necesario, y á la cual muchos niños no concurren por no tener con qué comprar una obra de texto, si es que al fin la Junta de Educación no logra obtener del Estado el auxilio que se ve obligada á pedir para atender á tal penuria. ¡Es tan pobre el distrito!

Mario oyó la plática bostezando algunas veces, y mirando á los cuadros del viacrucis que tenía

cerca; todo aquello lo había oído allí mismo cuando era chiquillo y se sentaba al lado de su madre, entretenido en observar algún perrillo que se paseaba olfateando entre la gente, ó bien mirando cómo iba el sacristán, á quien envidiaba con toda su alma, con un platillito de cristal verde recogiendo dieces y cincos que sonaban tilín tin . . . . .

No pudo menos que sonreír al recuerdo de todas esas ideas que volvían á su cerebro frescas, y llenas del perfume de su infancia que se había deslizado allí en aquel pueblo humilde y tranquilo.

Terminada la misa, Mario salió de la iglesia y aguardó á sus padres; tuvo la oportunidad de saludar á algunos conocidos y de charlar alegremente dándose la importancia de una persona que viene de la capital, que no tiene inconveniente en fraternizar con sus conterráneos así sean pobres y rudos campesinos.

El almuerzo estuvo animado. En la gran cocina de paredes recién enjalbegadas, estaba la mesa cubierta con blanquísimo mantel de flecos y bien abastecida: ña Tomasa había dado sus órdenes, y un tierno lechoncillo aparecía en una gran cazuela durmiendo el sueño eterno en un lecho de salsa, purgando con su muerte el delito de tener una carne blanda y sabrosa.

En frente, sobre el fogón, la sorda no se daba punto de reposo. En un ángulo se alzaba un horno alto y panzudo, y frente al *molendero* un gran escarparte ostentaba diversidad de pocillos de loza á gran



des flores azules colmados de leche; sendos platos de natilla, y hojaldres de pan dorado, quesos, rosquetes y biscochos.

Mario conversaba con su padre de mil cosas, y empezaba con mucha habilidad á tender sus redes, pero el viejo á veces le miraba fijamente, con la cabeza un poco baja, por entre sus cejas pobladas y grises, de tal modo, que á lo mejor se callaba desconcertado.

—Pero Goyo, saltó de pronto *ña* Tomasa: no le *habís contao* á Mario el cuento aquel de la plata.....tal vez él puede hacer algo allá en la *suidá pa* ver si nos pagan *eso* de algún modo.....

*Ñor* Gregorio miró á su mujer con aire muy serio y la interrumpió.

—*Vos sos* tonta, pensás que puede sacarse algo con eso? ya yo he *consultao* el caso.....eso es *perdío*.

—*Síá* por Dios! exclamó *ña* Tomasa lanzando un gran suspiro.

—De qué se trata? preguntó Mario que tuvo curiosidad de saber á qué se referían sus padres.

—Una tontera de tu mama, contestó *ñor* Gregorio dirigiendo á su mujer una mirada de reproche;—no quisiera ni *acordame deso* .....*figurate* que *jué* y quemó en el horno noventisiete pesos: ah, caramba! si cuando *miacuerdo*.....

—*Vos* tuviste la culpa, arguyó *ña* Tomasa; quién dispone guardar plata en el horno y no *avisame* .....?qué cabeza! *sia* por Dios, qué grosería.

—Pero cómo estuvo eso? preguntó Mario; ¡qué barbaridad!.....

—*Pus figurate* que salía yo con el vaquero ayer hizo veintidós días, á ver un *alimal* que se estaba muriendo *opilao*, cuando venía Aniceto de vender unos chanchos que había *mandao* á la *suidá*.

Me dió los noventisiete pesos en el corredor, yo los conté, me los *trujo* en papeles.....y por no *perdelos* no quise *echámelos* en la bolsa.....ésta, (refiriéndose á su mujer) andaba en un rosario esa tarde, y se entretuvo, *mucho*. Por no *demorame* por *quiba precisao*, en buscar las llaves del cofre *pa* guardar esa plata, entré á la cocina y los escondí entre el horno, arriba en un *güeco*, y me *juí*: no me volví acordar *deso* con el susto de la vaca y los remedios que le estuvimos haciendo; me levanté aclarando, y me *juí* al cañal; como á las nueve *mia-cordé* de la plata y me vine *esmanchao* á la carrera, y ya tu mama había *prendío* el horno *pal* amasijo y estaba que.....ni el demonio, hecho brasas....y los papelillos esos adentro; maldita sea! cuando uno está *torció*.....*habís* visto que tontera prender el horno.....

—De seguro, repuso Mario muy dolorido; que si mamá hubiese sabido que dentro del horno estaba ese dinero, lo habría sacado antes.....qué lástima! de veras que fué una barbaridad.....noventaisiete pesos en humo.....

—Es decir, arguyó *ñor* Gregorio; que sólo yo tengo la culpa.....?



—*Peruijo*, exclamó ña Tomasa en tono conciliador. . . . . yo no soy sabia. . . . .! y dirigiéndose á su hijo: No *pensás* que pueda *lograse* que nos paguen algo *deso* hablando en San José con algun *menistro*, *vos que tenés* relaciones con ellos?

Mario se rió al oír aquella candorosidad.

—Ñõ, mamá, eso está perdido; si V. pudiera probar al Banco que los billetes de tal valor, números tales y cuales se le quemaron. . . . . pero ni aun así; eso entra en las ganancias de los Bancos.

—Ah, suspiró ña Tomasa aparentando entender aquello que era para ella purísimo *chino*; sí, *tenés* razón.

A pesar de esta nota triste, el almuerzo terminó un poco alegre, y todos se levantaron de la mesa satisfechos, y resoplando porque el calor apretaba de lo lindo:

---

Los continuos ruegos de su madre detuvieron á Mario en su casa cerca de un mes; á los quince días estaba horrorosamente aburrido; se habría largado de allí, si antes hubiese encontrado lo que de tan buena gana fué á buscar; pero no había adelantado gran cosa.—Cierto que su padre parecía ahora más cariñoso y menos arisco, pero observaba siempre aquella reserva indiferente que tanto le mortificaba, y ni siquiera había dicho nada para detenerle allí.

Un día después del almuerzo, Mario habló de su regreso á San José, y rogó á Quinito que muy

temprano del siguiente le tuviese listo el caballo, y le acompañara.

En vano le suplicó *ña* Tomasa que no se fuera tan pronto; pero Mario le ofreció volver con más frecuencia á San Pablo, y la consoló con reiteradas promesas de escribirles muy á menudo.

Preparó pues, el viaje observando á hurtadillas cómo su buena madre se ocultaba para dar rienda suelta á sus lágrimas, y calmar la aficción que le ahogaba, para aparecer después tranquila y sonriente.

Después de la comida que fué silenciosa, y en la cual *ña* Tomasa no probó bocado entristecida por la próxima partida de su hijo, Mario, mirando á su padre fijamente como quien está resuelto á no malograr un momento de decisión, se atrevió á abordar el gran asunto.

—Papá, le dijo trémulo de emoción: yo quisiera hablar con V. un ratito . . . . . aquí aparte . . . un momento nada más; quiere venir al corredor?

—Vamos, contestó *ñor* Gregorio tranquilamente. Salieron y se sentaron.

La tarde estaba plácida y serena; el gran potrero lleno de sol, presentaba aquí y allá grandes manchones amarillentos, entre el verde esmeralda, que iba subiendo en suave declive hacia los montes del fondo, en los cuales se destacaban altos árboles secos, desnudos de ramajes, como enormes esqueletos que dormían acariciados por aquel tibio sol que iba camino de su lecho. Algunas *piapias* gritaban



en la arboleda vecina, y los *tijo*—*tijos* revoloteaban sobre las reses que parecían agradecidas por las útiles caricias que esas aves les prodigaban, al arrancarles del pescuezo y de las ancas las garrapatas, con una presteza y habilidad admirables. Que buenos amigos del ganado son esos señores *zopilotillos!* cómo le abanicaban con sus alitas negras y le limpiaban! . . . . .

Mario de una ojeada se hizo cargo del panorama que tenía ante su vista, y después de un exordio no mal pensado, habló á su padre largamente pintando la vida llena de exigencias que se veía obligado á hacer, en atención á las valiosas y muchas relaciones que cultivaba en San José, relaciones que él pensaba en aprovechar para surgir. Hasta le habían insinuado la idea de que podía salir diputado y representar su provincia en no lejano tiempo; con ese fin estudiaba siempre; las matrículas eran caras, caros los libros, y como se veía obligado á corresponder ciertos convites, de ahí provenían sus gastos que parecían crecidos pero que en realidad no lo eran para un jóven de la posición que él había conquistado en la capital. No quería que le llamaran miserable ni que le señalasen con el dedo como á un ente ridículo, y deseaba hacer valer á su familia.

—Para atender á todo eso, terminó Mario; como ya usted me había negado su ayuda y lo que últimamente me enviaba era tan limitado, me he visto obligado á buscar dinero, y no he podido hacer frente á los vencimientos. Ahora, para los nuevos cur-

sos, necesito otra suma, y yo no sé qué voy á hacer si la bondad de usted no viene en mi auxilio.

Hubo una pausa: ñor Gregorio, después de sacar con toda calma su eslabón, y de encender en la mecha una rabiosa tagarnina de *chircagre* queapestaba, le habló á su hijo de esta guisa:

—*Pus ve* hijo; empiezo por *decite* que me tenés muy *disgustao*; *vos* no te *acordás* que *tenés* padre sino *pa* que te mande plata: yo he *sabío* que hace mucho tiempo que no *estudiás*, y que no *hacés* otra cosa *qnespifarrar* todo lo que yo te mandaba; yo sé todo lo que *hacés* allá en la *suidá*.....sé que *jugás* continuamente en un *clú*; que *tomás* tus tragos y que te *almadiás*.....yo sé *quese* vicio maldito lo tienen en San José un *puño* de señores y *qués* muy general.....*vos sabés* lo que has *gastao* por ejemplo el año *pasao*? un dinerall! y eso que ya te mandaba poco.....á ese paso me *dejás* en la calle á mí y á toda la familia.....el tiempo está muy malo! no *sabés* las *crugías* que yo paso *pa* juntar doscientos pesos; tiene uno que malbaratar una *yunt'e* bueyes ó cuatro vacas.....no no; no es posible que yo cargue mi *consensia* siendo *cómplis* de mi ruina y de tu perdición.

—Mario había querido meter baza varias veces interrumpiendo á su padre para defenderse, pero un severo gesto de ñor Gregorio le había dejado tieso.

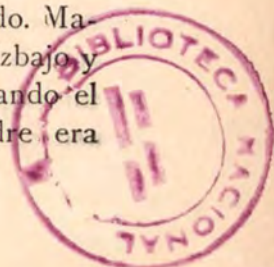
Este continuó enardecidiéndose más y más á medida que hablaba, con acento lastimoso y voz temblona.



Mario miraba hacia el potrero; no se atrevía á alzar los ojos á su padre, sino muy de cuando en cuando; veía el rostro enjuto del viejo, con aquellas cejas erizas y pobladas como unos arcos de crin, bajo los cuales se asomaban unos ojos que brillaban de severidad é indignación, y en un ángulo de la boca descolorida y desdentada, el purillo apagado que rumiaba como una golosina, y que bailaba con el movimiento de las mandíbulas.

—Es muy triste, prosiguió ñor Gregorio; criar un hijo, hacer mil sacrificios por su educación por *crialo* en el temor de Dios, tener esperanzas de que será un hombre *honrao* que le ayudará á su padre á trabajar y á ver la familia, y que después ese hijo lo engañe y no quiera más *quespissarrar* dinero en vicios y en lujos, cuando uno está aquí echando el alma por trabajar y conservar lo poquillo que Dios le dió; no y no; no *pensés* que vas á seguir esa vida de libertinaje con el dinero que tanto me cuesta. . . . . ¿*querés* trabajar? *pos quedate*; aquí *tenés* todo lo que *necesitás*; qué vas á hacer á San José? á seguir la *mesma* vida? *podés ite*, pero ya *sabés* que no *tenés* que contar conmigo *pa nada*; *querías engañame?* *pos estás equivocao*. . . . . como antes te dije, sé tu vida y milagros. . . . . aquí *tendrés* todo, en la *suidá* nada!

Púsose de pié verdaderamente exaltado. Mario no se atrevió á contestar; siguióle cabizbajo y pensativo, y le vió entrar á su cuarto golpeando el pedernal con su eslabón. Vaya, que su padre era



un viejo ridículo; pensaría llevarse las fincas cuando se muriera?

Esa noche sí que estuvo Marlo desvelado; su situación era desesperante. Qué haría? renunciar á la vida de San José después de haber saboreado sus goces? y los amigos, y los bailes, y sus grandes proyectos de hacerse periodista, proyecto que ya había acariciado otras veces, y la diputación que ambicionaba, y la vida de esplendor con que soñaba? oh no. Quedarse allí, volverse un campesino, encerrar todos sus sueños y aspiraciones en el estrecho círculo de aquel pueblecillo? jamás, de ninguna manera: se haría procurador ó periodista mientras tanto encontraba cosa más sustanciosa; iría tirando de la vida como pudiese; qué demonio! y los pagarés vencidos? . . . . . bah, para eso había fiadores abonados.

A las cinco de la tarde del siguiente día, Trillito en el fondo de un coche bajaba por la avenida de las Damas con dirección á su cuarto: con qué placer volvió á echar la vista al Parque Nacional, á la cúpula del teatro que desde la estación divisaba! respiró con la satisfacción de quien vuelve á ver lugares que temió perder para siempre, y sonriendo palpaba en el bolsillo del chaleco diez hermosas monedas de diez pesos, de esas que son ya tan raras, y que su buena madre le había puesto allí haciéndole señales de que callase, feliz y contenta de reiterar á su hijo una vez más, los quilates de su cariño infinitamente superiores á los del oro de aquellas monedas.





## XXI

La finca de don Agapito Mendoza estuvo ese año muy visitada durante la estación veraniega que se prolongó más que otros años, á causa de los fuertes calores y de la duración del buen tiempo.

Casi todos los domingos afluan á la finca paseantes de ambos sexos, que permanecían allí el día y regresaban por la tarde á San José, felices y contentos de haber aprovechado el tiempo, y haciéndose lenguas de la amabilidad de don Agapito y señora.

Don Clemente y Julián iban todos los domingos, y regresaban el lunes en primer tren, en busca de sus respectivos quehaceres.

Febrero llegaba á su fin, y Julián ya sólo podría volver muy pocas veces, porque el inventario del almacén donde trabajaba se venía encima, y esperaba excelentes resultados. Estaba contento y satisfecho porque iba á percibir la retribución de

